

## El sí al fin de este ciclo violento

Pasaba Semana Santa de 1995; la semana mayor para los católicos en la región de Bolívar - de aquellos pueblos ribereños con ausencia de Estado de políticas públicas y de Dios-. Guaranda (Sucre) era el sitio de concentración de los futuros sacerdotes que iban a llevar la palabra de Dios a esas zonas marginadas; entre ellas, yo, quien se debatía entre la fe y la aventura por conocer nuevos espacios diferentes a los recorridos.

La Congregación de la Misión o los Padres Vicentinos eran los que habían tomado la osadía de llevar sacerdotes, monjas y seminaristas a esta zona que entraba en disputa con las guerrillas (Farc y ELN) y las nacientes autodefensas de Carlos Castaños en esa región: el temido Bloque Central Bolívar. Justo cuando los odios crecían, la moneda local era la base de coca y los problemas se resolvían con la muerte. Los curas decidieron enviarnos allá.

Montecristo fue el lugar designado; en apoyo al padre Pacho: un carismático y humilde sacerdote paisa. Los odios estaban tan inmersos en esa población que ni la idea de Dios era un mecanismo útil de supervivencia. Se mataba por pensar diferente, por tener ideología diferente; por pertenecer a un movimiento político diferente: y no había diferencia entre buenos y malos; entre guerrilleros y paramilitares. Imperaba la ley del silencio y el poder de las armas.

Vicente y Abel; vecinos: fincas colindantes. Sus hijos crecieron juntos y los fines de semana bajaban al pueblo a comercializar la base de coca y a tomar tragos. Después de esa faena cada uno, como buenos compadres, tomaba su bestia de cabestro y volvían a su finca. Abel se dejó tentar por las reuniones extensas sobre marxismo y leninismo. A partir de ese momento, los que toda su vida fueron casi familiares, compadres, se declararon su odio mutuo porque para Vicente eso no iba a cambiar ni su mundo ni su realidad. Se negó rotundamente y cerró sus oídos a esas doctrinas: también todas las personas cercanas a estos dos núcleos familiares.

La semana siguiente a esa Semana Santa —a los seminaristas nos daban una semana de descanso- pasó un hecho que a mí juicio desbordó la tolerancia y el respeto por el otro: me hizo pensar mal de la humanidad y de su concepto. Vicente participó activamente de esa Semana Santa junto a su familia; se le veía inquieto, quizá advirtiendo su designio. El domingo de resurrección; el día que destella y explota la fe católica, Vicente recibió 20 disparos y cinco puñaladas; su cuerpo fue amarrado a un caballo y tirado al parque frente a la mirada atónita de las personas. Abel se encargó de que no hubiera manto de duda sobre su autoría.

En mi condición de cobarde, no salí ese día; el cura tampoco y reinó entre nosotros ese silencio sepulcral del que tanto habíamos escuchado. Al día siguiente recibimos a los familiares del muerto quienes nos pusieron al tanto de la situación y pidieron asistirlo en misa para llevarlo a su última morada (el cementerio). A las 04:00 de la tarde entraron los

familiares con el cadáver; la iglesia estaba a reventar. Yo, vestido de monaguillo, asistía al padre Pacho con las lecturas y demás cosas del rito. Justo en el momento de dar la paz, entra al recinto Abel con una pistola en la mano y se acerca al ataúd. Para ese momento mi corazón latía a mil revoluciones por minuto y pude ver el miedo representado en los ojos de las personas que estaban en ese sitio, y en el cura, que ya no era moreno y tenía un tono blanco de piel.

Abel revisó el féretro y se cercioró de que era Vicente quien estaba allí. Luego apunto su arma hacia el cuerpo y la descargó nuevamente. Cuando he contado esta historia me pongo en una posición de valentía y digo que permanecí en la iglesia. La realidad fue que volé por una ventana que estaba como a 3 metros de altura y amortigué la caída del cura, que salió por el mismo sitio –cura cobarde-. Nadie quedó en la iglesia, ni los familiares. Cuentan que Abel salió con la pistola aun echando humo; tomó su caballo y se fue. No supe que pasó con el muerto ni con Abel porque ese mismo día salí de ahí y no he vuelto más.

La pregunta que me he hecho a lo largo de tantos años; algunos de guerra; otros de estudio y unos muy pocos de tranquilidad es si ¿realmente vale pena todo el daño causado? ¿El miedo inductivo? ¿La construcción que nos han hecho del enemigo? ¿La postura carcelaria, incendiaria y vengativa que han modificado nuestras conductas?

Mi voto es por el Sí y es un voto pleno, consciente y decidido. Este proceso no nos lleva a una paz definitiva y duradera, pero sí nos acerca al fin de procesos violentos que pudieron ser exitosos, como el de las AUC., que fue plagado de engaños, mentiras y soterrado por la codicia y la maldad, antes que el deber definitivo de impulsar el fin un ciclo violento. No podemos negar que ante todo proceso impera el escepticismo y el miedo al fracaso, pero de una cosa he caído en la cuenta: en nuestro territorio –hablo de la Sierra Nevada de Santa Marta- los campesinos; incluso aquellos que convivieron con paramilitares le apuestan al Sí y son ellos quienes sufrieron la mayor arremetida violenta y en algunos sectores la siguen tolerando.

El Proceso de Paz con los Paramilitares no fue perfecto y estuvo a años luz de una verdadera paz negociada; aun así no se puede desconocer varias cosas: a) la arremetida del narcotráfico que para los 90 y el 2000 arrasó con vidas, vegetación y conciencias. Todavía hay, pero no hay campo de comparación b) el aporte a la verdad en Justicia y Paz (las desgarradoras historias dieron cuenta del nivel de sevicia c) la desconstrucción paulatina del enemigo (en términos bélicos) ya no se mata al lánguido, barbudo y pelucón que se encuentran en una cordillera d) el robo descarado a las arcas de la salud e) los combates que desplazaban a miles de personas e) la desaparición forzada f) la violencia sexual como arma de guerra g) la parapoltica (al menos no tan descarada) y muchas otras cosas más que nos dejó la guerra.

En efecto hay expresiones violentas, que distan mucho del nivel de barbarie que emplearon las AUC., y que son nocivas y que son una terrible amenaza: en esto el Estado tiene gran responsabilidad por dos razones: la primera de ellas, es que mientras se dedicó desde el 2006

a encuadernarlas dentro de un nombre o definición estas se agrandaron; luego, de si era un problema de defensa o de seguridad y en base a ese concepto las atacarían el Ejército o la Policía; mientras esto pasaba se consolidaban y hoy tenemos como resultado estructuras armadas ilegales en gran parte del país que ejercen presión y extorsión en los territorios que antes fueron de las AUC. Lo segundo fue la planificación y la protección (y en esto si le hay que darle toda relevancia que implica un acuerdo y el reconocimiento al equipo negociador y por supuesto a las Farc) Por primera vez se negoció. Voy a poner un ejemplo breve de protección. Las Farc., recibieron un ataque frontal porque no entregaron a los menores (alegaron bien disposiciones jurídicas, nunca dijeron que no los entregarían) y la arremetida fue brutal, e hizo bien la Farc. ¿Se les olvidó que los menores de las AUC., salieron por la puerta de atrás, que fueron revictimizados; que no recibieron ningún apoyo (psicológico, económico ni integraron una ruta reintegradora) pasaron a las filas de las Bacrim? ¿Alguno se ha preguntado qué pasó con ellos? ¿Alguien sabe de la suerte Luis Carlos Restrepo a quien los jefes de las AUC., llamaban “Muñeco diabólico”? ¿Qué pasó con el programa “Buscando a Nemo”?

No hay grado de comparación frente a la burbuja en la que viven los enemigos de la paz y prefiero estar del lado de la víctima, que medio de su dolor da un sí definitivo para la terminación de este ciclo violento, que ante aquel al que la guerrilla le quito la tierra (que antes era baldía, una que otra vaca o la riqueza acumulada con el erario públicos) y va directo al no. Esta sociedad –muchos de ella enferma por la violencia- debe empezar a repensar su modelo mezquino y entender que no todo puede solucionarlo un precario y cada día más ruín sistema carcelario, que no resocializa al reo; que la violencia con violencia, como decía Gandhi, solo engendra más violencia. Si ya le apostamos a la guerra durante tantos años ¿Por qué no probamos el modelo de la paz? Y que sean bienvenidos el ELN., las Bacrim., y cualquier expresión violenta interesada en construir una nueva nación donde prime el respeto por el otro y las diferencias no sean motivo de agresión. No seamos otros Vicente y Abel.